

fluir de esta suerte de cualquier manera misteriosa en el destino de los hombres. La clase de los sacerdotes no se circunscribe á los derviches y á los *kalandares* de la especie de los que representan un papel en las ciudades del Asia central, incluso en Kaschgar; el círculo de los sacerdotes se extiende mucho más. Figura finalmente en el número de las instituciones religiosas la profesión de hechicero de serpientes, que induce á los fanáticos á comerse á estos reptiles despojados de sus glándulas venenosas (la *Coluber niger*, por ejemplo): esta operación se empieza por la cola y durante ella la serpiente cubre de heridas el cuerpo del juglar hasta que éste muere en la cabeza de aquella. Aunque esta costumbre pueda muy bien ser una degeneración de una idea universalmente extendida no deja de demostrar una tendencia manifiesta á exponer una idea de la manera más groseramente materialista posible.

No carece el islamismo de instrumentos de condición elevada, ni de representantes de las formas, ni de conservadores de lo existente, ni de innovadores apasionados. El mahometismo tiene sus prelados y sus prebendas como otras religiones y para los altos dignatarios de su Iglesia es tan molesto como para los de todas las confesiones un hombre inteligente y animado de ideas reformadoras. En frente de ellos creen servir á la misma causa los estáticos ascetas que en más de una ocasión han conseguido electrizar en determinados momentos históricos al pueblo oriental embrutecido en los placeres. En el Norte de Africa ha comenzado desde hace algunas décadas la orden de los hermanos *senussitas* una reforma religiosa que ha producido trascendentales consecuencias políticas: esta orden impuso sacrificios á la población y de tal suerte supo atraérsela que al poco tiempo obtenía de ella el servicio de corbea y conseguía que el poder judicial se pusiera á su lado. Al igual que la orden de los jesuitas, apoderáronse los *senussitas* de las escuelas y con sus servicios pedagógicos se impusieron á los habitantes de los oasis, que no sentían ningún placer ante la aparición de estos celosos sacerdotes, enseñando á leer, á escribir y á contar á sus hijos. Por lo demás, eran más temidos que estimados; miraban con malos ojos el tomar café y los que procedían de Marruecos consideraban el te como inofensivo. El uso del aguardiente está por ellos severamente prohibido, y ni siquiera consienten en que se fume tabaco. Además se esfuerzan por encerrar al sexo femenino en límites más estrechos que los habitantes de Egipto, bien poco liberales, por cierto, en este sentido: así por ejemplo, prohíben á las mujeres la entrada en sus templos y hasta quieren excluirlas del aniversario de los santos. Esta tendencia rigorista es poco simpática á los altos dignatarios de la Iglesia mahometana; así es que cuando el fundador de la orden de los *senussitas* quiso predicar en el Cairo, el jeque Hanik lanzó contra él su anatema y lo hizo meter en la cárcel.

En Egipto y en Nubia abundan las aldeas de *fakires*, comparables á residencias monásticas, en las cuales sólo habitan fakires, especie de sacerdotes sin funciones sacerdotales. Los fakires pueden leer y escribir, pero no toleran entre ellos la música, ni las danzas, ni las fiestas. El jeque de una de estas aldeas es el principal fakir de la comarca que alrededor de la misma se extiende; todos creen en él y le tienen por profeta.

En los siglos posteriores que presenciaron tantos signos de decadencia de las potencias mahometanas se ha mantenido aún en el período de defensa esta unión de elementos políticos y religiosos, siendo los primeros los que en esta acción combinada de unos y otros los que con más frecuencia dieron el impulso. Los franceses vienen soste-

niendo desde hace mucho tiempo que las asociaciones de los árabes son siempre hijas más bien de los intereses políticos que de los religiosos y han sentido el poder de estas conjuraciones políticas envueltas en una capa de religiosidad en todas las sublevaciones árabes que desde 1830 han estallado en Argelia.

Lo que más ha sorprendido á los franceses ha sido el carácter epidémico con que suelen surgir estos movimientos políticos, sólo en parte atribuibles á la ignorancia de los europeos acerca de los trascendentales sucesos que en estos pueblos se realizan. Este fenómeno encierra, además, algo positivo. Los árabes siéntense poseídos de una comunidad de ideales digna de ser notada y muy á propósito para suplir la falta de unidad práctica: esa comunidad tiene por fundamento la fuerte cohesión producida por la fe. La posesión de lugares de peregrinación comunes, especialmente de la Meca, que proporciona á la conciencia religiosa un centro de más importancia que Jerusalén y Roma, es un elemento de gran significación. Millares de peregrinos visitan anualmente la Meca, y algunos de ellos proceden de tan lejanas tierras que á menudo no les es dado ver de nuevo su patria. Además de esto, millares de hadchis que han visto la esencia del islamismo en los lugares sagrados, se esparcen por todos los ámbitos de la tierra y propagan sus doctrinas, experimentando prácticamente la influencia de una religión que une á los hombres de Nubia con los de las Celebes, á los de Tracia con los de la India y que infiltra en los ánimos cierta comunidad; el haber demostrado esto significa mucho más que aquellas cinco cosas que constituyen la peregrinación perfecta y hacen de un simple muslim un hadchi. Estas cinco cosas son: 1.ª la intención piadosa y las plegarias que la atestiguan; 2.ª la presencia en el monte Arafa en el noveno día del mes *Du el Hodscha*; 3.ª ponerse el traje de peregrino (*ihram*) y afeitarse la cabeza; 4.ª dar siete vueltas alrededor del Bit Alah (casa de Dios), es decir, de la *Kaaba* ó templo de Abraham; y 5.ª el paseo por entre las dos colinas Stafa y Marúa. De estas cinco condiciones la más importante es la segunda: el incumplimiento de las demás puede repararse sacrificando una oveja; el de aquella no se repara con nada y su solo cumplimiento trae aparejado el título de hadchi. La peregrinación á Medina se considera como acto piadoso pero no necesario para alcanzar una completa santidad. Las obligaciones y costumbres místicas son innumerables, pero pocas tienen la importancia de la exclamación «¡Labik!» en que prorrumpen los peregrinos de la Meca cuando se ponen el *ihram* y acerca de la cual dice Maltzán: «Casi todo lo del islamismo es carnal, sólo la exclamación ¡Labik! es espiritual.» Esta exclamación que significa «huyendo de mortal necesidad vengo á tí y te sigo» son muy pocos los peregrinos que la entienden, pero esta inteligencia no se conceptúa necesaria porque lo meritorio está en las mismas palabras.

Estos elementos demuestran gran actividad en las misiones y en las agitaciones. Livingstone pudo decir todavía en su último diario que los mahometanos no han hecho nunca la menor tentativa para convertir á los africanos. Cierto, dice, que enseñan á los hijos de éstos á leer el Alcorán, pero no hacen otra cosa; así es que este sagrado libro no ha sido por ello jamás traducido y que para los siervos que van á la mezquita todo se reduce á vanas apariencias. Algunos adoptan ciertas costumbres mahometanas en punto á manjares, pero no rezan ninguna oración y lo más que han llegado á hacer ha sido circuncidarse. En la actualidad, sin embargo, ha sufrido este estado de cosas un cambio radical. Por lo demás, aun antes de que se organizaran

las misiones contaba el islamismo con algunos apóstoles: los sacerdotes errantes son una institución antigua de esta religión; apenas salidos de las escuelas superiores recorren el mundo mahometano constituyendo una especie de proletariado ilustrado, á menudo rayano en pillería, y transmitiendo á lejanos países las ideas aprendidas. Los sacerdotes de mezquitas procedentes de los centros religiosos como Medina y Meca, recorren la India y el Africa para recoger presentes para sus santuarios, comerciar con amuletos, hacer prosélitos, adquirir noticias y practicar el espionaje.

La situación que estos hombres de Dios ocupan en la sociedad mahometana está caracterizada por una mezcla de desprecio voluntariamente tolerado y de respeto religioso violentamente conseguido. Muy á menudo se les considera inútiles y molestos, pero nadie se atreve á dejarlos completamente á un lado porque pueden ejercer influencia en la salvación futura de las almas. Entre pueblos tan fanáticos como los árabes del desierto, estos santos extraños, son absolutamente indispensables por más que su islamismo peque de rudo y de supersticioso y que su ciencia teológica no llegue á ser, bajo muchos conceptos, ni siquiera la del jeque que habita en una tienda. Cuando Rohlf realizó en 1866-1867 su viaje de Kuka al Sudán occidental uniéronsele dos fakires que eran dignos representantes de su clase: uno de ellos, doctor en teología de Mursuk, no conocía mayor placer que embriagarse con *busa* ó con *ubul* y «hacía mucho tiempo que hubiera perecido á consecuencia del hambre y de las aficciones, si á un doctor en teología le hubiese sido dado perecer en los Estados mahometanos:» en compañía de tres boyeros se encaminaba á Jakoba para entrar en posesión de una herencia y regresar luego á Kuka con los cuadrúpedos que de la misma formaban parte. El segundo doctor en teología, compañero también de viaje del referido autor, era «aun más pobre, más tonto y más modesto» que el primero; oriundo de Logone, había como éste sufrido sus exámenes de doctorado en la universidad de Kuka y todos sus bienes consistían en un *kulgu* de Bornú con tantos agujeros que parecía red de pescar; en una botella de calabaza colgada de una cuerda á la espalda, y en una pequeña bolsa de cuero que contenía dos ó tres plumas de caña y dos mugrientos libros amarillos. «Este doctor sabe todo el Alcorán de memoria y escribe el árabe mecánicamente, pero no sabe una palabra del idioma de Mahoma. Este bonzo mahometano nos acompaña porque no tiene otra cosa que hacer y por ver, según él mismo dice, si puede hacerse con un *kulgu* nuevo.» A pesar de su pobreza, era este fakir sobrado orgulloso para apacentar un camello como se le propuso, y se ganaba la vida escribiendo en una tablita, que para este objeto consigo llevaba, algunos versículos del Alcorán para los habitantes de las aldeas que los lavaban y se los bebían. Algunas veces recibía por ello un par de cauris, pero generalmente se contentaba con la fama de gran erudito en las cosas divinas que se le concedía. También Barth nos habla con deleite de un árabe de Dchidda que corría sus aventuras en el Sudán atribuyéndose el título de jerife. El tal sujeto llegó á la aldea de Belem (Adamana) y construyó para uno de los más ilustres nobles allí residentes unas termas como las que había construido para el sultán de Wadai. Este sujeto había sido antes marineró y llegado á bordo de un buque á Bhengasi, desde donde pasó á los países del Sudán. El pretendido jerife era un hombre sumamente hábil y no carecía de cierta instrucción. A cada paso encuéntranse «aventureros santos» de esta especie, que algunas veces contribuyen poderosamente á la propagación de la civilización mahometana.

El islamismo no fué en sus primeros tiempos más que una religión, pero colocado entre las dos grandes potencias de la Roma oriental y de Persia, pronto se desarrollaron en él tendencias políticas, y cuando la Arabia empezó á enviar por el mundo gentes y más gentes, las creencias religiosas llevaron consigo y extendieron más allá de las fronteras de la península á la cultura árabe, surgiendo entonces, como dice A. de Kremer, «una civilización en la cual el sentimiento religioso todo lo domina.» Los que profesaban el islamismo sentían la superioridad de esta cultura, y no se contentaban con profesar esa religión sino que querían ser verdaderos árabes. Aun en la actualidad, todas las tribus dominantes en el desierto y en el Sudán, incluso las de Baghirmi, pretenden descender de los habitantes de la Meca ó de Yemen. En el lado opuesto á aquellos territorios, hasta los kabardines se tienen por descendientes de los árabes. Por otra parte, los nombres y las tradiciones acusan una afinidad con los crimeos. No siempre estas pretensiones son hijas puramente de la fantasía; á veces tienen un fundamento real: así, por ejemplo, Ibn Batuta dice que ciertas tribus árabes de la Mauritania, entre otras la de los sanhadjades, proceden de la Arabia meridional y pertenecen al grupo de los himjaritas.

Por espacio de muchos siglos el Africa y una gran parte de Asia no conocieron potencias más fuertes que los Estados islámicos, pudiendo aplicarse á esos territorios lo que escribe un viajero alemán hablando de los países del alto Nilo, á saber: en lo más profundo del corazón de Africa, viniendo del Nilo, la media luna con los versículos del Alcorán ha llegado á ser un verdadero talismán de poderosa eficacia, que ora protege, ora infunde terror á los indígenas. Hasta los mismos cristianos han de cobijarse bajo los pliegues de esa bandera. El islamismo es sumamente rico en esta clase de símbolos. En igual sentido reviste importancia el hecho de que las ceremonias externas imprimen en todos los islamitas el sello de una gran hermandad. Los rosarios de madera de sándalo que llevan los peregrinos de la Meca, los turbantes de distintos colores, las anchas túnicas de pliegues, en territorios más limitados los pequeños distintivos, tales como el albornoz moghrebino ó la tira azul del pañuelo de los árabes abisinios, y en una esfera más elevada la comunidad de lenguaje, contribuyen al sentimiento de solidaridad de que tan necesitado se halla el Oriente tan fraccionado desde el punto de vista político.

El viajero que procedente del Sudán mahometano y, por ende, relativamente civilizado penetra en los territorios del Sud, considera muchas veces el antagonismo existente entre los islamitas y los pueblos paganos como antagonismo entre morigeración y barbarie; pero en este punto, la frontera que á una y otra separa no aparece perfectamente deslindada. Por lo general el ir vestido es una de las principales cualidades de los sudaneses mahometanos; por el contrario, en el país de Logón, entre los musgus y otros, encontramos que los mismos adultos van apenas vestidos no usando otro traje que el propio de los africanos del interior consistente en un ligero delantal que tapa las partes pudendas ó en un cordón atado á la cintura del cual pende un manojo de ramas ó de musgo. En cambio el artístico sistema de construcciones de limo que entre estos pueblos encontramos forma extraño contraste con el atraso que en este punto se observa en muchas comarcas de los Estados mahometanos. ¡Una desnudez casi completa del cuerpo junto á la artística construcción de espaciosas y abovedadas cabañas de fango! Poca lógica acusa este hecho; pero la explicación es sencilla dadas las distintas capas de cultura unas á otras superpuestas. Por la misma ra-

zón que muy á menudo encontramos entre dos pueblos contiguos y mezclados una gran diferencia de actividad y de aptitudes en el sentido de resultar inferior en realidad el pueblo dominante ó tenido por superior, se explica que los abisinios dieran preferencia á los mahometanos sobre los cristianos. Aun á aquellos viajeros que no hacen más que atravesar el país, sorpréndeles que casi toda la industria y poco menos que todo el comercio estén en manos de los mahometanos, que éstos recorran toda la Abisinia como comerciantes y hasta que sus mujeres den muestras de gran actividad. G. Rohlfs, en su viaje de Magdala á Antalo (1868) vió en todas las casas mahometanas de Bilbala un telar, máquina que no encontró en ninguna vivienda cristiana, lo cual le hace exclamar: «Todos los mahometanos de Abisinia son trabajadores y su laboriosidad contrasta con la pereza de los cristianos.» Además, gracias á su actividad mercantil y á sus viajes, son más hábiles que éstos y generalmente hacen que sus hijos aprendan á leer y á escribir. Difícil es decir por qué el cristiano abisinio es perezoso hasta el punto de abominar de todo trabajo manual, pero lo cierto es que todo lo que es curtir y tejer está casi exclusivamente en manos de mahometanos, que la albañilería es de la incumbencia de los judíos y que de la platería y fabricación de armas cuidan los griegos y los koptos. Quizás á esta desidia de la población cristiana contribuyen los 200 días de fiesta de su calendario, pero la causa principal está en el sentimiento relajador y engañoso de su superioridad.

El papel histórico desempeñado por los árabes ha sido de menos provecho para ellos mismos como pueblo que para los demás puesto que nunca consiguieron la tranquilidad necesaria para que en ellos se desarrollaran libremente los elementos que de otros pueblos se asimilaban. Su actividad se aplicaba esencialmente á la conquista y á la propagación. Por más que la fuerza expansiva del pueblo en los primeros cien años después de Mahoma dejó sentir enérgicamente su eficacia en todas direcciones, y por más que los árabes de cerca ó de lejos estuvieron en contacto con las civilizaciones así orientales como occidentales, la poca duración del roce hizo que este pueblo poco ó nada se asimilara de los demás. Cierto que durante un período de tiempo la vida de las tribus adquiría alguna novedad, que sus fuerzas aumentaban extraordinariamente gracias á la unión, que distintas ramas de la literatura florecían y que multitud de talentos de las más diversas índoles eran más bien fomentados y animados que oprimidos; pero la tarea resultaba al poco tiempo sobrada magna para los verdaderos é íntimos partidarios de Mahoma. Estos eran los principales guerreros del islamismo y en ellos estaba el poder conquistador universal de éste; ellos fueron la base de la grandeza del islamismo, pero también fueron los que más contribuyeron á los retrocesos de esta religión. Los que de entre ellos llegaron á ser sedentarios muy pronto sucumbían á la indolencia, ó quedaban sometidos á la cultura que habían vencido con las armas, no con el espíritu. La misma Arabia no vió aumentar su poderío como consecuencia de los triunfos obtenidos por sus hijos en las regiones por las cuales se habían desparramado. Los antagonismos existentes entre las tribus de los territorios elevados y las que habitan en las costas occidentales y orientales aumentaron gracias á que estas últimas abrazaron más rápidamente que las primeras la nueva religión y vieron con ello crecer su influencia. El islamismo abrió sus más hermosas flores en los países que no eran árabes. Es necesario establecer en lo posible una separación entre los árabes descendientes de Arabia y los nubios, egipcios y mau-

ritanos que aparecen cubiertos por el barniz de la cultura árabe. Esta separación no puede, sin embargo, hacerse en todas partes: en Egipto cuya historia es mejor conocida que la de otras regiones del Norte de Africa, se califica de árabes á aquellos habitantes que, según está probado, se establecieron posteriormente en el valle del Nilo: por su procedencia libre y por su varonil carácter distínguense estos árabes de un modo muy marcado de los fellahs, que rebajándose á fuerza de siglos de esclavitud no tuvieron fuerza para resistir la invasión del islamismo (véase pág. 204). El nombre de beduíno sólo se aplica á los hijos libres del desierto. Más hacia el Oeste encontramos á los moros, pueblo mestizo de color claro y débil carácter, verdadero precipitado de todas las poblaciones que las tormentas de tantos siglos han ido arrojando sobre estas playas. La historia del nombre de estos moros es curiosa: esta denominación procede de España, en donde se designaba con ella á las hordas que sobre la península Ibérica vomitaron las costas de «Mauritania;» de modo que entonces significaba lo mismo que «árabes» y «africanos.» La noción de raza mestiza, en la que predomina aunque sin ser exclusiva la sangre árabe berberisca, ha nacido andando los tiempos.

Nos parece dudosa, cuando menos, la afirmación de Rohlfs de que la población de las ciudades norte-africanas debe ser incluida desde el punto de vista etnográfico en el número de las árabes. Cierto que el idioma es árabe, que árabes se denominan á sí mismos aquellos habitantes y que á éstos les es completamente desconocida la expresión de «moros,» pero no hay que perder de vista que estas gentes no surgieron en un territorio completamente despoblado sino que hubieron de tener en ellos algunos antecesores, justificándose, por ende, la siguiente pregunta generalmente formulada: ¿están las costas en donde reina gran actividad comercial habitadas por una raza pura?

El idioma contribuye tanto más á estas diferencias cuanto que el dialecto moghrebino que se habla en el Noroeste de Africa acusa algunas variantes del árabe puro en el sentido de que en Marruecos el árabe se ha apropiado de innumerables expresiones berberiscas y románicas y aun ha aceptado en parte ciertas construcciones propias de estas lenguas. Sin embargo esto no es más que un resto de extranjeras mezclas que se conservó en el suelo hispano en donde los «moros» españoles apenas tenían otra cosa de común con los árabes que el idioma y aun éste degenerado en vulgar dialecto. El idioma árabe de Arabia sólo lo entienden actualmente en el Moghreb los marroquíes, los argelinos y los tunecinos: entre los demás árabes conocenlo los de Bornú. Como resto viviente de la soberanía de los árabes en una gran parte de la cuenca del Mediterráneo merece ser mencionado el maltés, corrupción del árabe que sentó sus reales en la isla de Malta durante la época de la dominación sarracena. Los árabes ejercieron en ella por espacio de dos siglos una administración notablemente tranquila, pacífica y prudente que facilitó la mezcla de conquistadores y conquistados. En la actualidad este idioma árabe mezclado con elementos italianos, alemanes y provenzales confusamente revueltos, sólo se habla en el campo, al paso que en las ciudades prevalece en absoluto el italiano. Con esta multitud de elementos extranjeros el maltés sólo se parece á los idiomas de Abisinia y al fenecido muzárabe de la España meridional.

El islamismo desconoce en absoluto toda idea del derecho civil: el sacerdote es, en el fondo, al par que sacerdote juez del mismo modo que la mezquita tiene el carácter de lugar de asilo. Desde tiempo muy remoto existen en

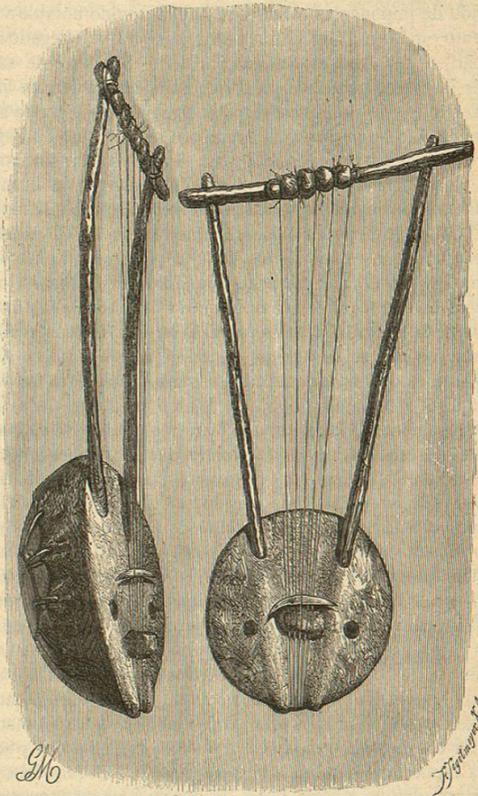
Arabia costumbres jurídicas de carácter primitivo tales como la que encontramos entre los árabes meridionales en virtud de la cual se descubre á los asesinos poniendo les un acero candente en la lengua. En todo el Sud de Arabia no hay más que dos personas que puedan emplear con éxito la prueba del fuego. De estos preceptos severos y crueles algunos han sido incluidos en el Alcorán, al cual sirve, por ende, de fundamento el derecho consuetudinario; esto no obstante, aquel sagrado libro no queda relegado en segundo término, sino que quiere estar por encima de cualquier razón de Estado. Todos los Estados islámicos son esencialmente teocráticos, además de lo cual descúbrense en ellos indicios de que sus destinos estuvieron durante el primer siglo en manos de una gran casta de guerreros que desconocía toda noción de propiedad individual y repartía lo conquistado entre los guerreros y los creyentes. El espíritu socialista que prescribe la remisión de todo interés en los préstamos, no ha podido naturalmente abrirse paso y menos que en ningún otro pueblo entre los tan mercantilistas moros y persas. Un refrán persa dice: «No hay fortuna sin comercio.» Por esto, á pesar de las prohibiciones del Alcorán, los capitales van fructíferando con intereses de 10 (los más modestos) y hasta de 30 por ciento.

Desde que Mahoma tuvo en sueños la revelación de que la guerra misma podría contribuir á propagar la verdadera fe, Allah — que como Jehová es un dios colérico — ha permitido á sus escogidos que le sirvieran por medio de la cólera, del furor y de la crueldad: esto solo indica el carácter fundamental de una teoría moral propia, que únicamente ordena al hombre la sujeción de algunos malos impulsos, dejándole, en cambio, en libertad completa de dar rienda suelta á todos los demás. El islamismo, como religión de lucha y de conversiones obtenidas por la violencia, no ha respetado los más altos ideales, pero ha compensado esta falta dejando á la nación como herencia la fuerza bruta, que ha llegado á ser un elemento importante para la propagación y robustecimiento interior de esta religión. Por esto no ha negado el islamismo haber recibido su bautismo en las matanzas de las tribus de la Meca y de Medina: las demás religiones universales han progresado con el bautismo de sangre, sólo el islamismo ha nacido de él.

Otro rasgo característico es el fatalismo: en este punto casi podría creerse que la astrología y la agorería tan arraigadas en las supersticiones árabes han sobrevivido al período caldeo para desarrollarse dentro del islamismo. Difícilmente puede uno formarse idea de cuán estrechas son las cadenas que aherrojan las manifestaciones al parecer más libres de la voluntad y de cómo mueren en flor los impulsos del espíritu. «¡Quién podrá vanagloriarse de haber ganado entre los musulmanes amistades por medio de beneficios!» exclama Maltzán y añade á renglón seguido: «Estos fatalistas suelen considerar todos los beneficios como concesiones directas de Dios y el bienhechor aparece á sus ojos como simple instrumento ciego de la Providencia.»

Las expediciones de las masas fanatizadas hanse sucedido casi sin interrupción en los territorios islámicos, favorecidas por las aficiones nómadas y por la inestabilidad de las relaciones de la vida. La campaña del mahdí contra los egipcios y los europeos de Nubia no es un acontecimiento tan insólito como muchos suponían: á este propósito recordemos un suceso de la historia sudanesa moderna; nos referimos á la expedición del fakir Ibrahim jerife ed-Din, fulba de nacimiento. A fines de 1856 ó á principios de 1857, este personaje que procedente de los países del Nilo se di-

rigió á la Meca, llegó al territorio de Bornú, precedido de la fama de hombre rígido y santo y seguido de un gran número de compatriotas. Pobre en el vestido, sobrio en su alimentación, austero en sus costumbres y celosísimo en el cumplimiento de las prácticas religiosas, ejercía sobre el pueblo un poder tal que se le creía dotado de fuerzas sobrenaturales y casi proféticas. Parecía hecho á propósito para enardecer la fantasía de los creyentes mahometanos: estando bueno no montaba nunca en una cabalgadura y jamás llevaba zapatos sino sandalias. Millares de fieles acudían al llamamiento que para la peregrinación más meritoria hacía en todas partes. Gracias á la lentitud con que avanzaba á fin de dar tiempo á las familias para que se separaran de sus tribus, arreglaran sus asuntos y se proveye-



Rubbabas nubias. (De la colección de Hagembeck, Hamburgo)
1/8 de su verdadero tamaño

ran de lo necesario para el viaje, el número de sus acompañantes llegó á alcanzar colosales proporciones. Al atravesar el Sud de Bornú fueron tantos los árabes que á su alrededor se agruparon que la población árabe de esta comarca menguó considerablemente. Insensiblemente el fakir se había convertido en una potencia política peligrosa: sus huestes más parecían ejército que peregrinación. El núcleo de este ejército religioso formábanlo los fulbas del Oeste armados con arcos y flechas. En Bornú comprendióse el peligro que significaba esta masa humana que amenazaba con el tiempo arrollar cuantos obstáculos se opusieran á su marcha, y se previeron los perjuicios inmediatos que al país causaba esta continua sangría aplicada á sus fuerzas vivas. Un hombre de Estado práctico como Lamino observaba este movimiento con recelo y mala voluntad, y de bue-